

nerlo al día siguiente. Januario me avisó lo que había pasado, diciéndome que yo había de ser el tallador.

Convenimos en que había de amarrar los albures de fuera para que él alzara, y otro amigo suyo que había vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara, y que concluida la diligencia nos partiéramos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladrón como él.

Llegó el día siguiente: fué Juan Largo por el payo: me dió éste cien pesos y me dijo: amito, cuídelos, que yo le daré una buena gala si ganamos. Quedamos en eso, le respondí, y me puse á tallar á mi modo y segun y como los consejos de mi endemoniadísimo maestro,

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albures que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Este se salió primero para disimular, y á poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo, considerando que ni visto ni oído fué su dinero; solo decia de cuando en cuando: ¡mire señor qué desgracia! ni me divertí. Pero no faltó un mirón que nos conocia bien á mí y á Januario: advirtió los zapotes que yo había hecho, y le dijo al payo con disimulo y á mis excusas que yo había entregado el dinero.

Entónces el barbajan, con mas viveza para vengarse que para jugar, me llevó á su meson con pretexto de darme de comer. Yo me resistía, no temiendo lo que me iba á suceder, sino deseando ir á cobrar el premio de mis gracias, pero no pude escaparme: me llevó el payo al meson, se encerró conmigo en el cuarto, y me dió tan soberbia tarea de trancazos, que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costillas, y á no ser porque al ruido forzaron los demas huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida, porque allí llega

su último fin. Ello es que quedé á sus pies privado de sentido, y fuí á despertar á donde vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO IV

Vuelve en sí PERICO y se encuentra en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale á la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladrón, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.



O aseguro que si el payo me hubiera matado, se hubiera visto en trapos pardos, pues la ley lo habria acusado de alevoso, como que pensó y premeditó el hecho, y me puso verde á palos sin defensa, cuya venganza por su crueldad y circunstancias fué una vileza abominable; pero no se quedó atrás la mia de haberle entregado á otro su dinero en cuatro albures.

Alevosía y traicion indigna fué la suya, y la mia fué traicion y vileza endiablada; mas con esta diferencia, que él cometió la suya irritado y provocado por la mia, y la que yo hice no solo fué sin agravio, sino despues de ofrecida por él una buena gala.

De modo que, vista sin pasion, la vileza que yo cometí fué peor, y mas vergonzosa que la de él; y así si me matara en aquel día muerto me habria quedado y con razon; porque si no debemos dañar ni defraudar á nadie, mucho menos á aquel que hace confianza de nosotros.

Casi de esta misma manera discurría yo conmigo dos horas despues

que volví en mí y me hallé en una cama del hospital de San Jácome (1), á donde me condujeron de orden de la justicia.

A poco rato llegó un escribano con sus correspondientes satélites á tomarme declaracion del hecho. Ya se deja entender que yo estaba rabiando y en un puro grito, así por los dolores agudísimos que me causaban la dislocacion y fracturas, como por los que sufrí en la curacion, que fué un poco tosca y *tamajona*, como de hospital al fin.

Estar yo de esta manera y entrar el escribano conjurándome y amenazándome para que confesara con él mis pecados y delante de tanta gente que allí habia, fué un nuevo martirio que me atormentó el espíritu, que era lo que me faltaba que doler.

Por último, yo juré cuanto él quiso; pero dije lo que convenia, ó á lo menos lo que no me perjudicaba. Referí el hecho omitiendo la circunstancia del *entrego*, y dije con verdad que yo no conocia á mi enemigo, ni lo habia visto otra vez en toda mi vida. De este modo se concluyó aquel acto, firmé la declaracion con mil trabajos, y se marchó el señor escribano con su comitiva.

Como las heridas de la cabeza eran muchas y bien dadas, no se podia restañar la sangre fácilmente: cada rato se me soltaba, y con tanta pérdida me debilité en términos que me acometian frecuentes desmayos, y tantos, que se creyó que eran síntomas mortales, ó qué bajo alguna contusion hubiese rota alguna entraña.

Con estos temores trataron de que viniese el capellan, como sucedió en efecto. Me confesé con harto miedo, porque al ver tanto preparativo yo tambien tragué que me moria; pero mi miedo no hizo mejor mi confesion. Ya se vé, ella fué de prisa, sin ninguna disposicion y entre mil dolores: ¡qué tal saldria ella? Mala de fuerza. Confesion de apaga y vámonos. Apenas se acabó, trajeron el Viáti-

(1) No hay hospital de este título en México. Este disimulo es para que la crítica no recaiga sobre ningun hospital determinado.

Los abusos que se critican son ciertos. ¡Ojalá se remedien!

co, y yo cometí otro nuevo sacrilegio, y conocí cuan contingentes son las últimas disposiciones cristianas, cuando se hacen en un lance tan apurado como el mio.

En estas cosas serian ya las once de la noche. Yo no habia querido tomar nada de alimento, porque no lo apetecía, ni menos podía conciliar el sueño por los agudos dolores que padecia, pues no tenia, como dicen, hueso sano; pero sin embargo, la sangre se detuvo, y un practicante me tomó el pulso, me hizo morder una cuchara y hacer no sé que faramallas, y decretó que no moria en la noche.

Con esta noticia se fueron á acostar los enfermeros, dejándome junto á la cama una escudilla con atole y un jarrito con bebida, para que yo lo tomara cuando quisiera.

No dejó de consolarme un tanto el pronóstico favorable del mediquin, y yo mismo me tomaba el pulso de cuando en cuando por si estaba muy débil, y hallándolo así y mas de lo que yo queria, me resolví á la una de la mañana a tomar mi atole y mi trusco de pan, aunque con repugnancia y por fortalecerme un poco mas.

Con mil trabajos tomé la taza, y rempujando los tragos con la cuchara, embaulé el atolillo en el estómago.

Muchas consideraciones hice sobre la causa de mi mal, y siempre concedia la razon al payo. No hay duda, decia yo: él me ha puesto á la muerte; pero yo tuve la culpa por pícaro, por traidor. ¡Cuántos merecen iguales castigos por iguales crímenes!

Cansado de filosofar funestamente y á mala hora, pues ya no habia remedio, me iba quedando dormido; cuando los ayes de un moribundo que estaba junto á mí, interrumpieron mi sueño, pude percibir que con una lánguida voz que apenas se oia, se auxiliaba solo el miserable, diciendo: Jesus, Jesus, ten misericordia de mí.

El temor y la lástima que me causó aquel triste espectáculo me hicieron esforzar la voz cuanto pude, y les grité á los enfermeros: ¡hola! amigos, levántense que se muere un pobre. Cuatro ó cinco

veces grité, y ó no me oían aquellos pícaros, ó se hacían dormidos, que fué lo que tuve yo por más cierto; y así, enfadado de su flojera, á pesar de mis dolores, les tiré con el jarro de la bebida con tan buen tino, que los bañé mal de su grado.

No pudieron disimular, y se levantaron hechos unos tigres contra mí, hartándome de desvergüenzas; pero yo valiéndome del sagrado de mi enfermedad, los enfrené diciéndoles con el garbo que no esperaban; pícaros, indolentes, faltos de caridad, que os acostais á roncar debiendo alguno quedar en vela para avisar al padre capellán de guardia si se muere algún enfermo como ese pobrecito que está espirando. Yo mañana avisaré al señor mayordomo, y si no os castiga, vendrá el escribano y le encargaré avise estos abusos al Exmo. señor virey y le diga de mi parte que estábais borrachos.

Se espantaron aquellos flojos con mis amenazas y cabilosidades, y me suplicaron que no avisara al superior: yo se los ofrecí con tal que tuviesen cuidado de los pobres enfermos.

Entretanto teníamos este coloquio murió el infeliz por quien me incomodé, de suerte que cuando fueron á verlo, ya era ánima.

En cuanto aquellos enfermadores ó enfermeros vieron que ya no respiraba, lo echaron fuera de la cama calentito como un tamal, lo llevaron al depósito casi en cueros y volvieron al momento á rastroar los trevejos que el pobre difunto dejó; y se reducían á un cotton y unos calzones blancos viejos, sucios y de manta: un eslaboncito, un rosario y una cajilla de cigarros que no creo que la probó el infeliz.

En tanto que el aire, se hizo la hijuela y particion de bienes, tocándole á uno (de los dos que eran) los calzones y el rosario, y al otro el cotton y el eslaboncito; y sobre á quien le había de tocar la cajilla de cigarros, trabaron una disputa tan altercada, que por poco rematan á porrazos, hasta que otro enfermo les aconsejó que se partieran los cigarros y partieran el papel de la cubierta.

Aprobaron el consejo, lo hicieron así, se fueron á acostar y yo me

quedé murmurando la cicatería é interés de semejantes muebles; pero como á las tres de mañana me dormí, y tan bien, que fue señal evidente que habían calmado mis dolores.

A otro día me despertaron los enfermeros con mi atole, que no dejé de tomar con mas apetencia que el anterior. A poco rato entró el médico á hacer la visita acompañado de sus aprendices. Habíamos en la sala como setenta enfermos, y con todo eso no duró la visita quince minutos. Pasaba toda la cuadrilla por cada cama, y apenas tocaba el médico el pulso al enfermo, como si fuera ascua ardiendo, lo soltaba al instante, y seguía á hacer la misma diligencia con los demas, ordenando los medicamentos según era el número de la cama, v. g. decía, núm. 1. sangría: núm. 2, id: núm. 3, régimen ordinario: núm. 4, lavativas emolientes: núm. 5, bebida diaforética: núm. 6, cataplasma anodina; y así no era mucho que durara la visita tan poco.

Por un yerro de cuenta me pusieron á mí en la sala de medicina, debiéndome haber zampado en la de cirugía, y esta casualidad me hizo advertir los abusos que voy contando. Sin duda en mi cama, que era la 60, había muerto el día antes algún pobre de fiebre, y el médico sin verme ni examinarme, solo vió el recetario y el número de la cama, y creyendo que yo era el febricitante, dijo: núm. 60, cáusticos y líquidos. ¡Cáusticos y líquidos! exclamé yo. Por María Santísima que no me martiricen ni me lastimen mas de lo que estoy. Ya que ayer no me mató el payo á palos, no quieran vdes., señores, matarme hoy de hambre ni á quemadas.

A mis lamentos hicieron advertir al doctor que yo no era el febricitante sino un herido. Entonces cargándose de razón para cubrir su atolondramiento, preguntó: ¿pues qué hace aquí? A su sala, á su sala.

Así se concluyó la visita y quedamos los enfermos entregados al brazo secular de los practicantes y curanderos. De que yo ví que á las once fueron entrando dos con un cántaro de un misma bebida y les fueron dando su jarro á todos los enfermos, me quedé frío.

¿Cómo es posible, decia yo, que una misma bebida sea á propósito para todas las enfermedades? Sea por Dios.

Despues entró el cirujano y sus oficiales y me curaron en un credo; pero con tales estrujones y tan poca caridad, que á la verdad ni se los agradecí, porque me lastimaron mas de lo que era menester.

Llegó la hora de comer y comí lo que me dieron, que era..... ya se pueden considerar. A la noche siguió la cena de atole, y á otro pobre del núm. 36 que estaba casi agonizando, le pusieron frente de la cama un Crucifijo con una vela á los piés, [1] y se fueron á dormir los enfermeros dejando á su cuidado que se muriera cuando se se le diera la gana.

Dos meses estuve mirando cosas que apenas se pueden creer, y que seria de desear se remediara.

Ya estaba convaleciendo, cuando un dia entró á verme Januario envuelto en uu zarape roto, con un sombrero de mala muerte, en pechos de camisa [2], con un calzoncillo roto y mugriento, y unos zapatos de vaqueta abotinados y mas viejos que el sombrero.

Como yo no lo dejé tan mal parado, ni lo habia conocido tan tra-piento, me asusté pensando que habia una gran novedad y que por eso venia disfrazado mi amigo; pero él me sacó del temor que me habia infundido, diciéndome, que aquel trage era el propio y el único que tenia, porque los cuidados le habian seguido como á los perros los palos: que desde el dia de mi desgracia no habia podido alzar cabeza: que todo el asunto se puso entre los jugadores, y que ya no le daban lugar en ningun juego, porque todos lo trataban de entregar: que el mismo dia luego que echó menos y supo que habia ido con el payó, temió lo que pasó, y á la noche fue á informarae al meson donde le dijeron que mi heridor así como se recobró de la cólera

(1) A esta ceremonia de indolencia y poca caridad llaman en los mas hospitales "poner el Tecolete."

(2) Este modo de hablar es vulgar. Ya se sabe que quiere decir que no tenia chupa ni chaleco.

y advirtió el desguisado que habia hecho, temeroso de la justicia, ensilló su caballo y tomó las de Villadiego, con tal ligereza, que cuando los alguaciles fueron á buscarlo, ya él estaba lejos de México: que el picaro del compañero que apostó los albures se marchó tambien con el dinero sin saberse adónde, de suerte que no le tocó al dicho Januario un real de su diligencia (1), que á pié y andando fué éste en su busca hasta Chilapa, donde le dijeron que se habia ido: que hizo su viaje en vano: que se juntó con otros hábiles y se fué de mision (2) á Tixtla pensando hacer algo porque habia fiesta; pero que el subdelegado era opuestisimo á los juegos, y no pudo hacer nada: que de limosna se mantuvo y se volvió á México: que dos dias antes habia llegado, y luego que se informó que todavía estaba yo en el hospital me vino á ver: que estaba pereciendo; y últimamente, que deseaba que yo saliera para que entre los dos viéramos lo que hacíamos.

Toda esa larga relacion me hizo Januario, y no en compendio. Yo le conté el pormenor de mis desgracias, y él me contestó: hermano, ¡qué se ha de hacer! el que está dispuesto á las maduras, ha de estarlo tambien á las duras. Así como estuviste conforme y gustoso con los pesos que ganaste, así lo debes estar con los palos que has llevado. Eso tiene nuestra carrera, que tan pronto logramos nuestras aventuras, como tenemos que sufrir otras malas. Lo mismo dijera si hubiera sucedido conmigo; pero no te desconsueles, acaba de sanar, que no siempre ha de estar la mar en calma.

(1) Muchas veces sucede esto mismo á algunos que se esponen y previenen un robo, y otros son los aprovechados.

(2) Los tunos llaman *ir á mision* ó *ir de mision* á ciertos viajatas que hacen fuera de las ciudades á robar con la baraja á los infelices que se descuidan y caen en sus manos. En rara entrada de cura ó subdelegado, ó fiestecita, no hay de estos misioneros malditos. Son la polilla de los pueblos. Suelen mil veces ir sin un real, desnudos y á pata, y volver á caballo, vestidos y con muchos pesos que han robado. Seria bueno que todos los jueces hiciesen lo que el de Tixtla, esto es, no consentirlos en sus territorios.

Si salieres cuando yo no lo sepa, búscame en el *arrastraderito* de aquella noche, porque no tengo otra casa por ahora; pero ni tú tampoco. Ya sabes que somos amigos viejos. Con esto se despidió *Januario* dejándome en el hospital, en donde me dieron de alta á los tres dias como á los soldados.

Salí sano segun el médico; pero segun lo que rengueaba, todavía necesitaba mas agua de calahuala y mas parchazos; mas ¿qué habia de hacer? El facultativo decia que ya estaba bueno, y era menester creerlo, á pesar de que mi naturaleza decia que no.

Salí por fin todo entelerido y entrapajado; pero ¿adónde salí? A la calle, porque casa no la conocia, y salí peor de lo que entré, porque mis trapillos estaban malos á la entrada; pero salieron desahuciados. No sé en qué estubo.

Pobre y trapiento, solo, enfermo y con harta hambre, me anduve aseoleando todo el dia en pos de mi protector *Januario*, á cuyas migajas estaba atenido, sin embargo de que lo consideraba punto menos miserable que yo.

Mis diligencias fueron vanas, y era la una del dia y yo no tenia en el estómago sino el poquito de atole que bebí en el hospital por la mañana, por señas de que al tomarlo me acordé de aquel versito que dice:

Este es el postrer atole

Que en tu casa he de beber.

Ello es que ya no veia de hambre, pues así por la pérdida de sangre que habia sufrido, como por el mal pasaje del hospital, estaba debilísimo.

No hubo remedio: á las tres de la tarde me quité la chupa en un zaguan y la fuí á empeñar. ¡Qué trabajo me costó que me fiaran sobre ella cuatro reales! Pues no pasaron de ahí, porque decian que ya no valia nada; pero por fin los prestaron, me habilité de cigarrros, y me fuí á comer á un bodegon.

Algo se contentó mi corazon luego que se satisfizo mi estómago. Anduve toda la tarde en la misma diligencia que por la mañana, y saqué de mis pasos el mismo fruto, que fué no hallar á mi compa-

ñero; pero despues que anocheció y dieron las ocho, me entró mucho miedo pensando que si me quedaba en la calle estaba tan de vuelta que podria ser que me encontrara una ronda ó una patrulla y fuera á amanecer á la cárcel.

Por estos temores me resolví á irme al *arrastraderito*, que se me hacia tan duro como el hospital mismo; pero la necesidad atropella por todo.

Llegué á la maldita zahurda con real y medio (pues antes me cené medio de frijoles en el camino). Entré sin que nadie me reconviniera, y ví que estaba la mesita del juego como cuadro de ánimas, pero de condenados.

Como catorce ó diez y seis gentes habia allí y entre todos no se veia una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuerados, que jugaban sus medios con una baratija que solo ellos la conocian segun estaba de mugrienta.

Allí se pelaban unos á otros sus pocos trapos, ya empeñándolos y ya jugándolos al remate, quedándose algunos como sus madres los parieron, sin mas que un *mantle* como le llaman, que es un trapo con que cubren sus vergüenzas, y habiendo pícaro de éstos que se enredaba con una frazada en compañía de otro á quien le llamaba su *valedor*.

Abundan en aquel infierno abreviado los juramentos, obsenidades y blasfemias. El juego, la concurrencia, la estrechez del lugar y el chinguirito, tenian aquello ardiendo en calor, apestando á sudor y hecho..... ya lo comparé bien, un infierno.

Luego que vieron que me arrimé á la mesa á ver jugar, pensando que tenia dinero me proporcionaron por asiento la esquina de un banco que tenia una estaca salida y se me encajaba por mala parte, dejandome hecho monito de vidrio.

Sin embargo de mi incomodidad no me levanté considerando que entre aquella gente era demasiada cortesía. Saqué medicillo y comencé á jugar como todos.

No tardé mucho en perderlo, y seguí con otro que corrió la misma suerte en menos minutos; y no quise jugar el tercero por reservarlo para pagar la posada.

Ya me iba á levantar cuando el coime me conoció y me dijo: vd. ¿á quién venia á buscar? Yo le dije que á Don Januario Carpeña (que así se apellidaba mi compañero). Rieron todos alegremente luego que respondí, y viendo que yo me habia ciscado con su risa me dijo el coime: ¿acaso vd. buscará á Juan Largo el entregador, aquel con quien vino la otra noche? No lo pude negar: dije que al mismo, y me contestó: amigo, pues ese no es don ni doña; cuando mas y mucho será D. Petate y D. Encuerado como nosotros.....

A este tiempo fué entrando el susodicho, y luego que lo vieron comenzaron todos á darle broma, diciéndole: ¡oh D. Januario! ¡Oh Sr. D. Juan Largo! pase su merced. ¿Dónde ha estado? Y otras sandeces, que todas se reducian á mofarlo por el tratamiento que yo le habia dado.

El no me habia visto, y como lo ignoraba todo, estaba como tonto en vísperas, hasta que uno de los encuerados para sacarlo de la duda le dijo: aquí ha venido preguntando por el caballero D. Januario Garrapiña ó Garrapeña, el señor; y diciendo esto me señaló.

No bien me vió Januario, cuando exaltado de gusto no tuvo su amistad expresiones mas finas conque saludarme que echarse á mis brazos y decirme: *¿es posible Periquillo Sarniento, que nos volvemos á ver juntos?* En cuanto aquellos hermanos oyeron mi sobrenombre, renovaron los caquinos, y comenzaron á indagar su etimología, cuya explicacion no les negó Januario.

Aquí fué el mofarme y el *periquearme* todos á cual mas, como que al fin eran gente soez y grosera; yo, por mas que me incomodé con la burla, no pude menos sino disimular y hacerme á las armas, como dicen vulgarmente; porque si hubiera querido ser tratado de aquella canalla segun merecian mis principios, les hubiera dado mayor mo-

tivo de burlarme. Estos son los chascos á que se expone el hombre flojo, perdido y sinvergüenza.

Cuando me vieron tan jovial, y que lejos de amohinarme les llevaba el barreno, se hicieron todos mis amigos y camaradas, marcándome por suyo, pues segun decian, era yo un muchacho corriente, y con esta confianza nos comenzamos todos á *tutear* alegremente. Costumbre ordinaria de personas malcriadas, que comienza en son de cariño y las mas veces acaba con desprecios, aun entre sujetos decentes (1).

Seis ú ocho dias estuve entre aquella familia, y en ellos me dejó Januario sin capote, pues un dia me lo pidió prestado para hacer no sé qué diligencia, se lo llevó y me dejó su zarape. A las cuatro de la tarde vino sin él, quedándome yo muerto de susto cuando me contó mil mentiras, y remató conque el capote estaba empeñado en cinco pesos. ¡En cinco pesos, hombre de Dios! ¿Cómo puede ser eso, si está tan roto y remendado que no vale veinte reales? ¡Oh, qué tonto eres! me contestó: si vieras los lances que hice con los cinco pesos, te hubieras azorado: ya sabes que soy trepador. Me llegué á ver como con..... yo te diré. Quince y siete son veintidos, y ¿nueve? treinta y uno..... ¿y doce? en fin, como con cincuenta pesos, por ahí. ¿Y qué es de ellos? pregunte. ¿Qué ha de ser? dijo Januario: que estaba yo jugando la *contrajudía* cerrada: le puse todo el dinero á un tres contra una sota, y..... Acaba de reventar, le dije: vino la sota y se llevo el diablo el dinero, ¿no es eso? Sí hermano, eso es; pero si vieras ¡qué tres tan chulo! *chiquito, contrajudío, nones lugar de afuera*..... (1) vamos, si todas las lleva el maldito. Maldito seas

[1] El tratamiento de *tú*, lejos de aumentar la amistad como se creen algunos vulgares, la disminuye; porque á la demasiada confianza ordinariamente sigue el menosprecio; á éste el sentimiento, y al sentimiento el enojo, y ¡adiós amistad! Un tratamiento político y cariñoso conserva los buenos amigos.

[2] Llaman *regla* los jugadores á cualquier orden de cartas ó combinaciones que eligen para jugar. Así es que grande y chica es una regla, y ésta no tiene que explicar, pues que dos cartas que se echan sobre la mesa, una tiene tantos superiores, y esa es grande, así como la que tiene tantos menores es chica. Si una, por ejemplo es 4 y la otra 3, la primera será grande y la segunda chica.

tú, y el tres, y el cuatro, y el cinco, y el seis, y toda la baraja, que ya me dejaste sin capote. ¡Voto á los diablos! ser la única alhaja que yo tenia, mi colchon, mi cama, y todo, y ¿dejarme tú ahora hecho un *pilluanejo*? No te apures, me dijo Enero, yo tengo un proyecto muy bien pensado que nos ha de dar á los dos mucho dinero, y puede sea esta noche; pero has de guardar el secreto. Por ahora ahí tenemos el *sarape*, que bien puede servirnos á ambos.

Yo le pregunté ¿qué cosa era? Y él llevándome á un rincón del cuartito, me dijo: mira, es menester que cuando uno está como nosotros, se arroje y se determine á todo; porque peor es morir de hambre. Sábetelo, pues, que cerca de aquí vive una viuda rica, sin otra compañía que una criada no de malos bigotes, á la que yo le he hechado mis polvos, aunque nada he logrado. Esta viuda ha de ser la que esta noche nos socorra, aunque no quiera. ¿Y cómo? le pregunté. A lo que Enero me dijo: aquí en la pandilla hay un compañero que le dicen *Culás el Pipilo*, que es mulatito muy vivo, de bastante espíritu y grande amigo mio. Este me ha proporcionado el que esta misma noche entre diez y once vayamos á la casa, sorprendamos á las dos mujeres, y nos habilitemos de reales y de alhajas, que de uno y otro tiene mucho la viuda.

Todo está listo: ya estamos convenidos, y tenemos una ganzúa que

Judía quiere decir la mas grande en las figuras y la mas chica en las cartas blancas. Contrajudía vice versa. Pares y nones: los números pares ó impares; pero la gracia está en saber distinguirlos cuando las dos cartas son de una misma clase, (v. g.) salieron 2 y 4, ambos son pares: ¿cuál será el par y cuál el non? Salieron 7 y 5, ¿cuál de los dos es el par? Esto lo explican con alguna confusion: pero sabiéndose que la *mayor conserva su valor* se aclara todo. Así es que en el primer caso, el 4 es par y el 2 es non. En el segundo caso 7 es non y 5 par. En las figuras hoy la sota representa 8, el caballo 9 y el rey 10; pero en la época de que se habla en la obra, como las barajas tenían ochos y nueves, la sota representaba 10, el caballo 11 y el rey 12. Así es que siempre para los pares y nones quedan sujetos á la regla general de la *mayor*, etc.—*Lugar de dentro y de fuera*. El primero es en el que se echa la primera carta que sale ó el que en las carpetas ó cueros está marcado con el número 1, y el segundo con el número 2.

Hay otras muchísimas reglas que se inventan segun el capricho de cada jugador; pero esta nota debe reducirse á aquellos de que hace mención la obra en este lugar.—E.

hace á la puerta perfectamente. Solo nos falta un compañero que se quede en el zaguan mientras que nosotros avanzamos, Ninguno mejor que tú para el efecto. Conque aliéntate, que por una chispa de capote que te perdí, te voy á facilitar una porción considerable de dinero.

Asombrado me quedé yo con la determinacion de Enero no pudiendo persuadirme que fuera capaz de prostituirse hasta el extremo de declararse ladron: y así lejos de determinarme á acompañarlo, le procuré disuadir de su intento, ponderándole lo injusto del hecho, los peligros á que se esponia, y el vergonzoso paradero que le esperaba si por una desgracia lo pillaban.

Me oyó Enero con mucha atencion, y cuando hice punto, me dijo: no pensaba que eras tan hipócrita ni tan necio, que te atrevieras á fingir virtud, y á darle consejos á tu maestro. Mira, mulo, ya yo sé que es injusto el robo, y que tiene riesgos el oficio; pero dime: ¿qué cosa no los tiene? Si un hombre gira por el comercio, puede perderse: si por la labor del campo, un mal temporal puede desgraciar la mas sazonada cosecha; si estudia, puede ser un tonto, ó no tener créditos; si aprende un oficio mecánico, puede echar á perder las obras: pueden hacerle drogas ó salir un *chambon*; si gira por oficinista, puede no hallar proteccion y no lograr un ascenso en toda su vida: si emprende ser militar, pueden matarlo en la primera campaña; y así todos.

Con que si todos tuvieran miedo de lo que puede suceder, nadie tendria un peso, porque nadie se arriesgaria á buscarlo. Si me dices que solicitarlo de los modos que he pintado es justo, tanto como es inicuo el que yo te propongo, te diré que el robar no es otra cosa que quitarle á otro lo suyo sin su voluntad; y segun esta verdad el mundo está lleno de ladrones. Lo que tiene es que unos roban con apariencias de justicia, y otros sin ellas. Unos pública, otros privadamente. Unos á la sombra de las leyes, y otros declarándose con-

tra ellas. Unos exponiéndose á los balazos y á los verdugos, y otros paseando y muy seguros en sus casas. En fin, hermano, unos roban á lo divino y otros á lo humano; pero todos (1) roban. Con que así esto no será motivo poderoso que me aparte de la intencion que tengo hecha; porque *mal de muchos etc.*

¿Qué mas tiene robar con plumas, con varas de medir, con romanas, con recetas, con aceites, con papeles, etc., etc., etc., que robar con ganzúas, cordeles y llaves maestras? Robar por robar, todo sale allá; y ladrón por ladrón, lo mismo es el que roba en coche que el que roba á pié; y tan dañoso á la sociedad ó mas es el asaltador en las ciudades, que el salteador de caminos.

No me arrugues las cejas ni comiences á escandalizarte con tus mocherías. Esto que te digo no es solo porque quiero ser ladrón; otros lo han dicho primero que yo, y no solo lo han dicho, sino que lo han impreso, y hombres de virtud y de sabiduría, tales como el padre jesuita Pedro Murillo Velarde, en su Catecismo. Oye lo que se lee en el lib. II. cap. XII, fol. 177.

“Son innumerables los modos, géneros, especies y maneras que hay de hurtar (*dice este padre*). Hurta el chico, hurta el grande, hurta el oficial, el soldado, el mereader, el sastre, el escribano, el juez, el abogado; y aunque no todos hurtan, todo género de gente hurta. Y el verbo *rapio* se conjuga por todos modos y tiempos (2).”

[1] Solo Januario podia hablar con tanta generalidad, porque era un perdido. De la abundancia del corazón se vienen á la boca las palabras. No todos roban; pero son tantos los ladrones y puede tanto el interés, que apenas hay de quien fiar. Se pierden los hombres de bien entre los que no lo son, y en asuntos de intereses no son comunes los que hacen mucho escrúpulo ya de defraudar, ó ya de quedarse con lo ageno. Esta es una verdad amarga, pero es una verdad. Examinémosla sin pasión.

(2) Como decir de presente: yo hurto, tú hurtas, aquel hurta, nosotros hurtamos, vosotros hurtais, aquellos hurtan. De pretérito, yo hurté, tú hurtaste, aquel hurtó, etc. De futuro: yo hurtaré, tú hurtarás; y así todos los demás tiempos y personas. ¡Qué desgracia! muchos no saben ni leer, y conjugan este verbo sin turbarse.

“Húrtase por activa y por pasiva, por circunloquio y por participio “de futuro en *rus.*” Hasta aquí dicho autor.

¿Qué te parece, pues? Y donde hay tanto ladrón, ¿qué bulto haré yo? Ninguno ciertamente, porque un garbanzo mas no revienta una olla. ¿Tú sabes los que se escandalizan de los ladrones y de sus robos? Los de su oficio, tonto. Esos son sus peores enemigos; por eso dice el refrán: *qué siente un gato que otro arañe.*

No me acuerdo si en un libro viejo titulado: *Deleite de la discrecion*, ó en otro llamado *Floresta española*, pero seguramente en uno de los dos, he leído aquel cuento gracioso de un loco muy agudo que habia en Sevilla, llamado Juan García, el cual viendo cierta ocasion que llevaban un ladrón al suplicio, comenzó á reir á carcajada tendida, y preguntado ¿que de qué se reia en un espectáculo tan funesto respondió: *me rio de ver que los ladrones grandes llevan á ahorcar al chico.* Aplique vd., señor Perico.

Todo lo que saco por conclusion, le respondí, es que cuando un hombre está resuelto como tú, á cualquiera cosa por mala que sea, interpreta á su favor los mismos argumentos que son en contra. Todo eso que dices tiene bastante de verdad. Que hay muchos ladrones ¿quién lo ha de negar si lo vemos? Que el hurto se palía con diferentes nombres, es evidente; y que las mas veces se roba con apariencias de justicia, es mas claro que la luz; pero todo esto no prueba que sea lícito el hurtar. ¿Acaso porque en las guerras justas ó injustas se matan los hombres á millares, se probará jamas que es lícito el homicidio? La repetición de actos engendra costumbre; pero no la justifica, si ella no es buena de por sí.

Tampoco prueba nada lo que dice el padre Murillo, porque lo dijo satirizando y no aplaudiendo el robo. Pero por no deberte nada, te he de pagar tu cuentecito con otro que tambien he leído en un libro de jesuita, y tiene la recomendacion de probar lo que tú dices, y lo

que yo digo, esto es, que muchos roban; pero no por eso es lícito robar. Atiéndeme.

“Pintó uno en medio de un lienzo un príncipe, y á su lado un ministro que decia: *sirvo á este solo, y de este me sirvo*. Despues un “soldado que decia: *miétras yo robo, me roban estos*. A seguida un “labrador diciendo: *yo sustento, y me sustento de estos tres*. A su lado “un oficial que confesaba: *yo engaño, y me engañan estos cuatro*. Luego un mercader que decia: *yo desnudo cuando visto á estos cinco*. “Despues un letrado: *yo destruyo cuando amparo á estos seis*. A poco “trecho un médico: *yo mato cuando curo á estos siete*. Luego un confesor: *yo condeno cuando obsuelvo á estos ocho*. Y á lo último un “demonio estendiendo la garra y diciendo: *pues yo me llevo á todos estos nueve*. Así unos por otros encadenados los hombres van estudiando “los fraudes contra el sétimo precepto, y bajando encadenados al infierno.” Hasta aquí el cristiano, celoso y erudito padre Juan Martínez de la Parra, en su plática moral 44, fol 239 de la edicion 24ª hecha en Madrid el año de 1788.

Con que ya ves como aunque todos roban, segun dices, todos hacen mal, y á todos se los llevará el diablo, y yo no tengo ganas de entrar en esta cuenta.

Estás muy mocho, me dijo Januario, y á la verdad esa no es virtud sino miedo. ¡Cómo no escrupulizas tanto para hacer una droga, para arrastrar un muerto ni armarte con una parada, que ya lo haces mejor que yo? ¡Y cómo no escrupulizaste para entregar los cien pesos del payo? pues bien sabes que todos esos son hurtos con distintos nombres.

Es verdad; le respondí, pero si lo hice fué instigado de tí, que yo por mí solo no tengo valor para tanto. Conozco que es robo, y que hice mal; y tambien conozco que de estas estafas, trampas y drogas se vá para allá, esto es, para ladrones declarados. Yo, amigo, no quiero que me tengas por virtuoso. Supon que me recelo de puro

miedo; mas cree infaliblemente que no tengo ni tantitas apetencias de morir ahorcado.

Así estuvimos departiendo un gran rato, hasta que nos resolvimos á lo que sabreis si leis el capítulo que viene detras de éste.

CAPITULO V.

En el que nuestro autor refiere su prision, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de éste.

Despues de muchos debates que tuvimos sobre la materia antecedente, le dije á Januario: Ultimamente, hermano, yo te acompañaré á quanto tú quieras como no sea á robar; porque á la verdad no me estira ese oficio; y antes quisiera quitarte de la cabeza tal tontera.

Januario me agradeciò mi cariño; pero me dijo que si yo no queria acompañarlo, que me quedara; pero que le guardara el secreto, porque él estaba resuelto á salir de miserias aquella noche, topara en lo que topara: que si la cosa se hacia sin escándalo, segun tenían pensado él y el Pipilo, á otro dia me traeria un capote mejor que el que me habia jugado, y no tendríamos necesidades.

Yo le prometí guardarle el mas riguroso silencio, dándole las gracias por su oferta, y repitiéndole mis consejos con mis súplicas; pero nada bastó á detenerlo. Al irse me abrazó y me puso al cuelló un rosario diciendome: por si tal vez por un accidente no nos viéremos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí. Con esto se marchó y yo me quedé llorando, porque lo queria á pesar de conocer que era un pícaro. No sé que tiene la comunicacion contraida y mantenida desde muchachos, que engendra un cariño de hermanos.

Fue esmi amigo, y yo pasé tristísimo lo restante de la tarde, sin-